

Othman lo leyó, alzó los ojos al cielo, y casi perdió el conocimiento. Cuando logró recuperarse, dijo decididamente a Leemy:

—Haz que capturen a ese chico. Y que me hagan una copia de la respuesta de Multivac. Ya no queda más remedio..., no hay manera de evitarlo..., es preciso que vea ahora mismo a Gulliman.

Bernard Gulliman nunca había visto a Alí Othman tan perturbado como entonces. Al contemplar las congestionadas facciones de su coordinador, sintió repentinamente que un sudor frío se deslizaba por su espalda. Luego tartamudeó:

—¿Qué quiere usted decir, Othman? ¿Qué..., qué quiere usted decir con... que es peor que un asesinato?

—Muchísimo peor que un asesinato.

Gulliman estaba muy pálido e insistió:

—¿Se refiere al asesinato de un alto funcionario del Gobierno?

Por su mente acababa de cruzar la idea de que quizá se trataba de su propio asesinato.

Othman asintió con un movimiento de cabeza.

—No un funcionario del gobierno. El propio gobierno oficial.

—¿El *Secretario General*? -preguntó Gulliman con un murmullo de asombro.

—Mucho más que eso... muchísimo más. Se trata de un plan para asesinar a Multivac.

—¿Qué...!

—Por primera vez en la historia de Multivac, el computador informó de que él mismo, se hallaba en peligro.

—¿Por qué no se me informó en seguida?

Othman expresó la verdad a medias:

—El hecho era tan fantástico, señor, que estudiamos la situación detenidamente antes de atrevernos a darle carácter oficial.

—Pero Multivac se salvará..., ¿verdad?

—Las probabilidades de daño han descendido hasta cuatro por ciento. Ahora mismo estoy esperando el informe.

—Mensaje para el doctor Trumbull -dijo Ben Manners al hombre que se hallaba sentado en el alto taburete enfrascado en lo que parecían ser los controles de un cohete estratosférico enormemente ampliado.

—¡Claro, Jim! -dijo el hombre-. Adelante.

Ben estudió sus instrucciones y trató de darse prisa. Encontraría una diminuta palanca de control que debía bajar en el preciso momento en que se encendiese la luz roja de un indicador.

Oyó a su espalda una voz que hablaba agitadamente, y luego otra, y de pronto dos hombres le asieron con fuerza de ambos hombros. Sintió que sus pies abandonaban el suelo.

Uno de los hombres ordenó:

—Ven con nosotros, muchacho.

Las facciones de Alí Othman no se iluminaron ante la noticia, aún cuando Gulliman declaró con tono de alivio:



—Si tenemos al muchacho, Multivac está a salvo.

—Por el momento —respondió Othman, casi en voz baja.

Gulliman se llevó a la frente una temblorosa mano.

—¡Qué media hora hemos pasado! —exclamó—. ¿Puede usted imaginar lo que significaría la destrucción de Multivac, aun por un corto período de tiempo? Hubiese caído el gobierno; la economía habría sufrido un enorme colapso. Habría significado un completo desastre...

Gulliman se detuvo un instante, y alzando la cabeza preguntó de golpe:

—¿Qué quiso usted decir antes con eso de *por el momento*?

—El muchacho... Ben Manners, no tenía intenciones de causar daño. El y su familia deben quedar en libertad y recibir una compensación por el erróneo perjuicio que han sufrido. El chico no hacía más que seguir las instrucciones de Multivac para ayudar a su padre y eso es todo. Su padre ya estará en libertad ahora.

—¿Quiere usted decir que Multivac ordenó al muchacho que hiciese funcionar una palanca para destruir los circuitos que luego costaría un mes reparar? ¿Acaso insinúa que Multivac sugirió su propia destrucción?

—No lo insinúo, señor, lo afirmo..., y es mucho peor que todo eso. Multivac no sólo dio esas instrucciones, sino que seleccionó a la familia Manners, en primer lugar porque Ben Manners se parece enormemente a uno de los servidores del doctor Trumbull y así podría entrar en Multivac sin que nadie le detuviese.

—No... no lo entiendo..., ¿qué significa eso de que la familia Manners fue seleccionada?

—El muchacho jamás habría acudido a Multivac para ha-

cer preguntas si su padre no hubiera sido arrestado. Y su padre nunca hubiese sido arrestado de no acusársele de planear la destrucción de Multivac. Multivac inició la cadena de acontecimientos que casi condujeron a su destrucción.

—Pero esto no tiene sentido —objetó Gulliman, con tono de súplica.

Se sentía pequeño y desamparado, casi de rodillas ante Othman, el hombre que había pasado casi toda su vida con Multivac, en demanda de una explicación tranquilizadora.

Pero Othman no lo hizo así. Dijo:

—Este es el primer intento de Multivac..., al menos que yo sepa..., para eliminarse. En algunos aspectos la cosa estaba bien planeada. Eligió a la familia idónea. No distinguió entre padre e hijo expresamente para así despistarnos. Pero Multivac carece de experiencia en este juego. O al menos así es todavía. No pudo eludir sus propias instrucciones que condujeron al informe de probabilidades sobre su destrucción, probabilidades que iban en aumento a medida que nosotros llevábamos a la práctica medidas erróneas. Tampoco pudo rehusar la respuesta que dió al muchacho. Con un poco de práctica seguramente aprenderá a engañarnos. Aprenderá a ocultar ciertos hechos y dejará de registrar otros. De ahora en adelante, cada instrucción que proporcione puede contener el germen de su propia destrucción. Nunca lo sabremos. Y por muchas precauciones que tomemos, será siempre Multivac quien venza al final. Me temo, señor Gulliman, que será usted el último presidente de esta organización.

Gulliman, furioso, pegó un fuerte puñetazo sobre su mesa, y preguntó con desesperación:

—Pero... ¿por qué? ¿por qué...? ¡Maldita sea...! ¿por qué? ¿Qué le ocurre a Multivac? ¿No puede solucionarse?

—No lo creo —replicó Othman con tranquila desesperanza—. Nunca he pensado en ello antes de ahora ni nunca sucedió esto..., pero me parece que hemos llegado al final del camino,